

Presentación

Los minusválidos, con ocasión de la paraolimpiada de Barcelona 92, han sido este año noticia para el gran público. La multitud de los hombres sanos, a través de la TV, de la prensa, de la radio..., han seguido con curiosidad y admiración el correr veloz de atletas con prótesis, el deslizarse poderoso por el agua de cuerpos seriamente magullados, el saltar grácil de músculos humanos heridos, mermados... Pero no se olvide que los paraolímpicos son la élite de una muchedumbre de seres humanos a los que la sociedad mayoritaria de los sanos desatiende y margina. La atención prestada por la masa mundial de espectadores a los minusválidos paraolímpicos no es extensible, por desgracia, ni a todos los momentos ni a todos los discapacitados que existen a nuestro alrededor.

Por un lado, es lógico que la inmensa sociedad no quiera saber nada de los seres humanos disminuidos en sus facultades físicas o psíquicas. Porque todos queremos y amamos profundamente el ser hombres integralmente, sin que nos falte ni una pizca de músculo ni de inteligencia. ¿O es que Dios no nos hizo seres humanos completos? ¿O es que Adán y Eva, imaginarios padres de la humanidad, eran unos disminuidos? Es natural, por tanto, que los «normales» reaccionemos espontáneamente dando la espalda a los seres disminuidos en su humanidad corpórea o mental. Llevamos en nuestras entrañas un código antropológico que nos alza instintivamente en repulsa y en grito contra esos casos de seres humanos maltrechos.

Pero Dios no se limita a mostrar su disgusto —¡como el que más!— porque existen personas —¡demasiadas!— discapacitadas física o psíquicamente, sino que convierte a estas personas en el punto de mira preferido de su atención y preocupación. Así lo manifestó por medio de su Hijo humanado, Jesucristo, cuando vivió hace 2.000 años entre nosotros y cuidó con extrema solicitud de los seres humanos enfermos y de los otros pobres de la época. Si ahora viniera de nuevo, con toda seguridad se dedicaría a atender a los discapacitados físicos y sobre todo a los psíquicos, porque éstos sí que son pobres de verdad e incapaces de librarse de su pobreza. Es en ellos en los que sigue y seguirá cumpliéndose como en ninguna otra clase de pobres el dicho del Señor: «pobres tendréis siempre con vosotros» (Mt 26, 11).

¡Gracias a Dios!, hay cristianos y no cristianos que, animados todos ellos por el Espíritu de Jesús resucitado, así lo han entendido y están invirtiendo su amor y su vida en el cuidado de estos pobres.

SINITE ha querido recoger en el presente número el plan de evangelización que algunos están llevando a cabo con los discapacitados físicos y psíquicos de España, así como traer a sus páginas la voz de quienes están viviendo día a día con ellos. Porque la revista SINITE está convencida de que, en esta hora de la Nueva Evangelización, el testimonio más auténtico de evangelización lo están dando, junto con los misioneros, los que atienden a estos pobres del siglo XX, que continuarán siéndolo también en el siglo XXI, XXII, XXIII...